

Entre jóvenes e inocentes: masacre del 16 de mayo de 1998¹

Diego Alain Navajas Barrera
Estudiante de Derecho
Universidad Santo Tomás, Bucaramanga, Santander, Colombia
Correo electrónico: diegonavajas25@gmail.com

Malicia indígena

¿Quién puede quitarnos la vida? es una de las tantas preguntas que me realizo mientras camino por las calles de la comuna 7 de Barrancabermeja. ¿Dios, la naturaleza o el universo? Tal vez nunca lo sepamos. Pero algo sí saben los habitantes de esta comuna, y es que el 16 de mayo de 1998 las Autodefensas de Santander y el Sur del Cesar (Ausac) le arrebató la vida cruelmente a 32 hijos, nietos, primos y sobrinos de los barrios El Campín y El Campestre en la ciudad. Un acto más de esa sinrazón humana que caracteriza a los grupos paramilitares en nuestro país.

Tras varios años de acontecer la masacre, para los familiares de las víctimas y la comunidad que vivió esa noche de horror, es aún impactante saber que esta fue perpetrada en un periodo de 30 a 40 minutos, ni un minuto más, ni un segundo menos.

El 16 de mayo de 1998 era sábado. Jaime Peña –padre de Jaime Yesid Peña Rondón de 16 años, una de las víctimas de la masacre– relata en un documental para el periódico *EL TIEMPO* cómo fueron algunos de los sucesos previos de la tragedia. Don Jaime cuenta que ese sábado había sido de mucho movimiento militar, y que la “malicia indígena” le indicaba a la comunidad del puerto petrolero que algo malo estaba por suceder. Desde iniciada la década de los 90,

y para entonces, Barrancabermeja ya estaba acostumbrada a los episodios de violencia como consecuencia de las asonadas militares que emprendían las células guerrilleras y los grupos paramilitares en la ciudad. Así, las FARC, ELN y EPL de un lado, y las Ausac de otro, buscaban sitiar a Barrancabermeja y al Magdalena Medio para quedarse con el control de la región y su productividad petrolera.

El Retén

Figura 1. Así luce actualmente el sector conocido como El Retén.



Fuente: Autor.

Estoy en el sector conocido como El Retén o la “Y” en Barrancabermeja. Por aquí se entra obligadamente a la ciudad, y por estas mismas vías hace 23 años pasaron en dos camiones y tres camionetas los cuarenta hombres de las Ausac.

¹ Texto escrito por el estudiante durante el Diplomado en Procesos de Lectoescritura que ofrece el Centro de Recursos para el Aprendizaje y la Investigación (CRAI).

Don Jaime sigue contando que la incursión paramilitar inició aquí, donde me encuentro. Señala que ese 16 de mayo el Ejército había establecido un retén militar como de costumbre, pero que misteriosamente hacia las 9 de la noche este fue retirado, cuando lo usual era que durara hasta el amanecer del día siguiente.

Doy unos cuantos pasos a la orilla de la carretera. Trato de mirar algunas casas, pero de inmediato sé que son solo lotes desiertos y abandonados. Por mi lado cruzan demasiados carros a toda velocidad, el viento que dejan a su paso mueve mi cabello y sigo caminando. Llego a una estación de servicio y está cerrada. No hay nada más que ver. He decidido marcharme y seguir recorriendo las calles en que aconteció la tragedia. Desde allí me movilizo hacia la primera parada que hicieron los paras: el bar La Tora.

Figura 2. Local del antiguo bar La Tora en las afueras del puerto petrolero.



Fuete: Autor.

El bar La Tora era una taberna popular ubicada a las afueras de la ciudad, pero hoy no es más que un local vacío entregado al inexorable paso del tiempo y el olvido. Aquí se llevaron a la primera persona, encañonada y obligada a subir a una de las camionetas. Esta fue quizás una de las paradas más rápidas que hicieron. La gente cuenta que venían buscando a un sujeto con nombre y apellido propio, pero que al no encontrarlo decidieron llevarse a cualquier

incauto en su lugar. Sin gastar mucho tiempo todos los hombres encapuchados se reagruparon y pisaron el acelerador hasta llegar, metros más adelante, al barrio El Campestre.

En El Campestre

En el barrio, una tienda, una cantina y varias casas fueron blanco de los paramilitares. Aquí, en El Campestre, cayó Germán León Quintero de 20 años, la primera víctima mortal de esta tragedia. Cuando fue retenido por varios hombres armados, este intentó escapar, pero ellos no le dieron más chance que la muerte. Los demás, al ver lo sucedido no tuvieron más remedio que seguir las órdenes y subirse a las camionetas, forzados a seguir la caravana del horror que venía colmando la paz de algunos barrios en la ciudad.

El comando paramilitar que irrumpió en la ciudad era presidido por Mario Mejía Jaimés, mejor conocido como alias el Panadero. Mario confesó años después ante los tribunales de Justicia y Paz en Bogotá, que la masacre fue planeada con al menos cuatro meses de anticipación. Allí relató que el primer paso fue comentarle el plan a su superior, el comandante Guillermo Crisancho Acosta, alias Camilo Morantes, jefe máximo de las Ausac. El objetivo era buscar y asesinar colaboradores de las células urbanas de la guerrilla, con quienes se disputaban el control de la ciudad. Camilo accedió y fue así como desde el corregimiento de San Rafael de Lebrija en Rionegro, Santander se orquestaron cada uno de los pormenores de la masacre.

Le sigo recorriendo los pasos a la tragedia y sé que la horrible noche no cesó en El Campestre. Para entonces ya las Ausac tenían en su poder a unos nueve jóvenes, pero un apetito desgarrador por causar más dolor los llevó hacia las 9:20 de la noche a arribar al barrio El Campín. Allí los hombres del Panadero se dividieron en cinco grupos para asediar calle por calle la tranquilidad de la comunidad. Un grupo de cuatro o cinco hombres llegaron a un billar del sector, de donde sacaron a la fuerza a Daniel Campos

de 21 años. Su hermana, Rocío, cuenta que su hermano de camino les reprochó a los capuchos por qué se lo llevaban si nada tenía que ver con la | con la guerrilla. Aquellos hombres le dieron un culatazo con uno de sus fusiles, lo tumbaron al piso y desde allí lo arrastraron como un animal hasta donde estaban las camionetas.

En similares móviles las Ausac retuvieron a Jaime Yesid de 16 años. Su padre, don Jaime, narró frente a las cámaras del periódico local *Rutas del Conflicto*, cómo desde la ventana de su casa vio que se llevaban a su hijo:

(...) el hijo entra a su alcoba y sale colocándose una camiseta y yo le pregunto ¿para dónde vas? –no, voy a sentarme aquí en el antejardín con los pelados de la cuadra; pero yo creo que no habían pasado tres minutos cuando escucho que ladra un perro (...) entonces yo me paro de la cama y salgo de la alcoba, y cuando llego a la sala, por una ventana grande que da a la calle, yo veo que va mi hijo con un tipo encapuchado por detrás apuntándole con un fusil por la espalda (...).

Al principio no creyó que se tratasen de los paramilitares, pero minutos más tarde supo por boca de sus vecinos que eran ellos, quienes ya venían causando terror y caos por las calles de la comuna 7.

Un bazar

Figura 4. Cancha de fútbol del barrio El Campín en Barrancabermeja.



Fuente: Autor.

Desde mi último destino tomé un taxi hasta el Campín. Pasaron alrededor de 10 minutos para llegar hasta la cancha de fútbol. Lo primero que vi fue un par de señoras que llevaban el mercado del día para sus casas. En la mano cada una tenía su sombrilla de sol y cuando llegó el momento de cruzar por el mismo lado de la calle una serena sonrisa iluminó sus rostros y un jovial “adiós seño” despidió sus miradas. Fue algo totalmente reconfortante. Pero luego me da pavor el pensar que aquí, en el Campín, en la dantesca cancha que mide una cuadra completa, se estaba celebrando aquel día un bazar, cuando arribaron los hombres del Panadero y arremetieron contra la comunidad.

El bazar buscaba recaudar fondos para el grupo local de danzas y tamboras del barrio. La comunidad cuenta que hacia las 9:30 de la noche llegaron decenas de hombres armados, se replegaron por todo el lugar y el Panadero exclamó: “Salgan los guerrilleros hijueputas! Hoy todos morirán, la guerra ha llegado a ustedes”. Estupefactos quedaron los más de cien asistentes al evento, quienes corrieron a tirarse al suelo terroso de la cancha.

Figura 5. Diego Fernando y Alejandra María.



Fuente: Víctor de Currea-Lugo (2016).

El Panadero no desaprovechó la noche de festividad que se vivía allí en El Campín y terminó reteniendo más de veinte personas, la mayoría de ellos jóvenes. Dentro de los retenidos

estaban los mellizos Diego Fernando y Alejandra María Ochoa. Los vecinos cuentan que Diego fue obligado a subirse a una de las camionetas, y que su hermana al ver lo sucedido salió en su defensa y replicó: "si se lo llevaban a él, también me tienen que llevar a mí". Sin mayor remordimiento los hombres de las Ausac retuvieron a Alejandra. Ella fue la única mujer secuestrada ese día.

Mientras los demás jóvenes eran subidos a las camionetas, Pedro Julio Rondón Hernández de 22 años se resistió y se tiró al suelo. Su rebeldía fue castigada severamente y uno de los mandos medios del pelotón dio a uno de sus subordinados la orden de degollarlo. Y así, en frente de todos los asistentes, un cuchillo filoso y brillante bordeó el cuello de Pedro, su cuerpo cayó al suelo y su sangre ahogó de pánico y miedo a la comunidad. La intención era muy clara: había que infundir, a toda costa, el terror entre los habitantes del puerto petrolero.

¿Cómo se pudo fraguar una incursión terrorista de tamañas proporciones sin que las fuerzas del Estado hubiesen hecho siquiera algo para evitarlo? El Panadero señaló que la masacre no pudo haberse cometido sin la complicidad de las fuerzas del orden. Concretamente se refirió a las reuniones que sostuvieron semanas antes con los altos mandos de la Policía, el Ejército y el DAS en la ciudad. A ellos les comentaron con lujo de detalles los pormenores del macabro plan, y les pidieron que durante 30 minutos no hicieran absolutamente nada. Y a decir del Panadero, ellos les dieron "vía libre" para que ese día y a esa hora pudieran hacer de las suyas. Así, Barrancabermeja entendió de una vez por todas que la retirada del retén militar no obedeció a circunstancias del destino y el azar, sino que fueron movimientos macabramente definidos y concertados, dentro de esa lógica corrupta y facha que sigue caracterizando al Estado narco-paramilitar colombiano.

Patio Bonito

El tiempo se hacía tarde y al Panadero y sus hombres les dieron las 9:40 de la noche. Diez minutos más allá de lo que les habían permitido las autoridades militares. La caravana del Panadero con las entonces más de 30 personas secuestradas arrancó a toda marcha, y por el mismo sector del Retén salieron. Tomaron la vía que de Barrancabermeja conduce hacia Bucaramanga, pero en el sector conocido como Patio Bonito tuvieron que parar de emergencia. El Panadero sabía que había sobrecupo en las camionetas y no tuvo más opción que escoger cinco personas y bajarlas a tierra. No fue para liberarlas de su trágico destino. Una vez que ya estaban en un matorral cerca, a orillas de la carretera, fueron obligados a arrodillarse y con cinco tiros de gracia fueron vilmente asesinadas.

Los 25 secuestrados siguieron el largo camino y fueron llevados a una finca en San Rafael de Lebrija. Según testimonios de los propios hombres del Panadero, allá fueron interrogados y torturados durante más de 20 días. A los retenidos les preguntaron insistentemente por sus vínculos con la guerrilla y todos respondieron que eran inocentes, que se trataba de una equivocación.

Días después de la incursión, Camilo Morantes llegó a la finca, y según lo atestiguan lo primero que hizo fue ponerse a jartar. En medio de su borrachera los hombres del Panadero le dijeron que los secuestrados eran inocentes. Camilo respondió que "pobrecitos, pero sabían mucho" y había que matarlos. La sentencia de muerte estaba dada y en grupos de tres y cuatro personas fueron ejecutados. Se dice que fueron enterrados en fosas comunes, pero a hoy no se conocen sus coordenadas exactas. Tras más de una semana de asesinatos, las víctimas totales de la masacre redondearon a 32.

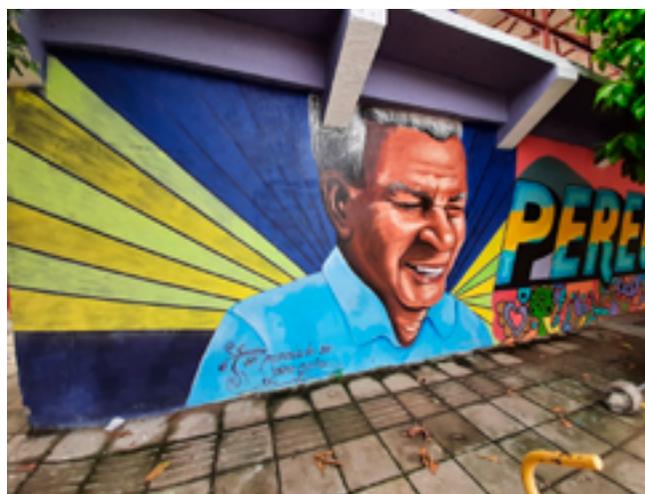
Libres de alguna culpa o pecado, el único delito que cometieron estas 32 personas fue estar en el lugar y el momento equivocados, querer disfrutar, como cualquier otro, una noche festiva de sábado, querer ser libres y poder vivir una vida alegre y tranquila en la ciudad.

Debo confesar que tenía pensado, por cuestiones de espacio, solo transcribir los nombres de algunas de las víctimas de esta tragedia. Pero mientras camino por la comuna y sigo escribiendo esta crónica, el dolor de las víctimas me ha conmovido desmesuradamente, y no puedo ser yo quien intente marginar la importancia de alguna de ellas. Por ello he decidido transcribir uno a uno sus nombres: Diominio Hernández, José Javier Jaramillo Díaz, Luis Jesús Arguello, German León Quintero, Neil Guzmán, Pedro Julio Rondón y Eliecer Quintero, primeros asesinados, todos jóvenes entre 15 y 23 años. Secuestraron y desaparecieron forzosamente a Orlando Martínez, Juan de Jesús Valdivieso, Riky Nelson García, Jaime Yesid Peña, José Octavio Osorio, Wilfrido Pérez Serna, Wilson Pacheco, José Milton Cañas, Diego Fernando Ochoa, María Alejandra Ochoa, Giovanni Herrera, Carlos Arturo Alaix Prada, Oswaldo Enrique Vásquez, Ender González Baena, Libardo Londoño, Roberto Wells Gordillo, José Reinel Campo Arévalo, Fernando Ardila Landinez, Daniel Campos Pérez, Gary de Jesús Pinedo, Oscar Leonel Barrera, Melquisedec Salamanca, Carlos Enrique Escobar, Juan Carlos Rodríguez y Luis Hernando Suárez.

Un antes y un después

Sigo todavía caminando por los alrededores del barrio El Campin. No diré que después de todo este tiempo quede algún vestigio de la tragedia. La comunidad se ha propuesto resistir el paso de la violencia y mostrar señales de resiliencia. Pero no todo es bueno, y el miedo y la desconfianza impera. De camino pasé tomando algunas fotos por el sector, y al menos dos sujetos me han mirado con absoluto recelo. Estuvieron a nada de retenerme a mí o mi cámara. No he sabido mimetizarme por completo entre

la población y me han visto como un intruso en su cotidianidad. Sentí miedo, pero todo salió por fortuna, bien.



Una de las fotos que alcancé a capturar fue sobre un mural rendido en homenaje a don Jaime Peña, quien hace cinco meses fue impactado por el mortal virus causante del Covid-19 y tuvo que partir de este mundo. Él se convirtió en un ícono de liderazgo para la comuna. Después de la masacre organizó la creación del “Colectivo 16 de Mayo”, que agrupó a las familias de las víctimas y desde entonces alzan colectivamente una voz de protesta para que su dolor no sea olvidado y quede en la memoria de todos los barranqueños. Don Jaime se fue sin poder continuar su labor en el movimiento, sin saber toda la verdad sobre el asesinato de su hijo, y sin siquiera haber visto su cuerpo que sigue desaparecido en algún recóndito lugar del escarpado Santander. La misma suerte han corrido otros familiares de las víctimas.

¿Qué fue de Barrancabermeja después de la masacre del 16 de mayo de 1998? La historia para esta ciudad –mi ciudad– se partió en dos. Esta tragedia fue la antesala a lo que sería uno de los episodios más cruentos de violencia para la región. La disputa territorial con las guerrillas fue a morir. Tan es así que después de tres meses de ocurrida la masacre terminó por perpetrarse otra en agosto, cuando las mismas Ausac asesinaron

a 11 personas en diferentes barrios y discotecas de la ciudad. Un mes después asesinarían otras 4 en la céntrica zona de la avenida del Ferrocarril, y ni qué decir de las masacres que ocurrieron en el 99, el 2000 y el 2003.

Juego de ajedrez

Han pasado 23 años, 5 meses y 13 días desde que ocurrieron los hechos y las víctimas no conocen toda la verdad de lo sucedido. La justicia solo ha procesado algunos exjefes paramilitares que han admitido ser los responsables directos de la masacre, dentro de ellos el Panadero. Pero todavía quedan muchas preguntas sin respuesta alguna. ¿Quiénes fueron los comandantes de la Policía, del Ejército y del DAS que permitieron que ocurriera la tragedia? ¿Por qué había que asesinar a 32 jóvenes inocentes? ¿A quién beneficiaba realmente la toma paramilitar de la ciudad? Para las víctimas algo es claro, el Panadero y sus hombres solo fueron unos peones más en un extraño juego de ajedrez que todavía no logran comprender.

A la fecha, la Fiscalía solo ha encontrado e identificado los cuerpos de ocho desaparecidos, pero siguen restando diecisiete más. Los familiares de las víctimas insisten en que solo quieren justicia y verdad. Saber realmente todos los detalles de la masacre y el por qué fueron

escogidos sus 32 familiares, para así cerrar de una vez por todas ese capítulo de sus vidas que carcome sus almas desde el 16 de mayo de 1998.

Fuentes Testimoniales y fotográficas

Testimonios habitantes de la comuna 7 de Barrancabermeja, barrios El Campín y El Campestre.

Fotos de: el rétén, el bar La Tora, la cancha de fútbol del Campín y el mural de Don Jaime Peña. Tomadas por el autor en octubre de 2021.

Foto de Diego Fernando y Alejandra María de Víctor de Currea-Lugo (2016). <https://www.las2orillas.co/la-masacre-del-16-de-mayo-2/>

Retrato de Jaime Yesid, 16 años de Iñaki Chaves (2018). <https://paterasalsur.wordpress.com/2018/05/16/un-solo-hueso/>

Documentales

EL TIEMPO. "A tres voces: la masacre del 16 de mayo de 1998 en Barrancabermeja". https://www.youtube.com/watch?v=-lyGQ8UG_-Q

Rutas del Conflicto. "Yo Sobreviví - Fue una masacre anunciada". https://www.youtube.com/watch?v=2L2vjN_nD7w&t=206s

Prensa local

Agencia Prensa Rural. "La masacre del 16 de mayo de 1998 en Barrancabermeja". <https://prensarural.org/spip/spip.php?article4023>

VERDADABIERTA.COM. "Masacre de Barranca: nuevos señalamientos del 'Panadero' a miembros de la Fuerza Pública". <https://verdadabierta.com/masacre-de-barranca-los-nuevos-senalamientos-del-panadero-a-miembros-de-la-fuerza-publica/>

RUTAS DEL CONFLICTO. "Masacre de Barrancabermeja, mayo de 1998". <https://rutasdelconflicto.com/masacres/barrancabermeja-mayo-1998>

En conmoración de las 32 víctimas fatales de la masacre del 16 de mayo de 1998 en Barrancabermeja, y en agradecimiento a la comunidad que ha hecho posible la elaboración de este relato.